



El Eco de Cartagena

Año XXXII.

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

Núm. 9072

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas. Tres meses, 6 id.—Provincias.—Tres meses, 7'50 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará a contarse desde 1º y 16 de cada mes.—La correspondencia se dirigirá al Administrador.

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorente y J. J. J. y J. J. J., Faubourg-Montmartre, 31, y en Londres, Agencia General Española, 6, Great Western Street.

LA UNIÓN Y EL FÉNIX ESPAÑOL



COMPANÍA DE SEGUROS REUNIDOS

Domicilio social: MADRID, CALLE DE OLIZAGA, n.º 1 (Pasaje de Recoletos).

GARANTÍAS

Capital social efectivo... Pesetas	12.000.000
Primas y reservas.....	40.697.980
Total....	52.697.980

29 AÑOS DE EXISTENCIA

SEGUROS CONTRA INCENDIOS

Esta gran Compañía nacional contrata seguros contra los riesgos de incendios.

El gran desarrollo de sus operaciones acredita la confianza que inspira al público, habiendo pagado por siniestros desde el año 1864, de su fundación, la suma de pesetas 48.301.875,58.

Dirigirse á los Subdirectores Sres. Viuda de Soro y C.ª. Plaza de los Caballos, 15, bajo.

SEGUROS SOBRE LA VIDA

En este ramo de seguros contrata toda clase de combinaciones, especialmente las de Vida entera, Dotales, Rentas de educación, Rentas vitalicias y Capitales diferidos á prias mas reducidas que cualquiera otra Compañía.

MARTES 26 DE ENERO DE 1892

LA CUESTIÓN SOCIAL

Uno de los factores más esenciales de la ardua cuestión social, sería la abnegación, si se comprendieran todas sus grandes venturas.

Por desgracia es la antítesis del positivismo, que con sus crueldades y sus tiranías, disfrazadas de espíritu liberal, envenena más y más la atmósfera, siendo como el mayor obstáculo y quizás como el más grande peligro.

Podríamos conseguir con la abnegación, llevada á la práctica, si fuera el distintivo de todas las clases sociales, ir suavizando las muchas asperezas de un problema tan difícil y complejo, que no es dable señalar donde empieza ni donde acaba.

De un lado las exigencias de las clases obreras, que en esta nueva etapa de su mejoramiento piden para hacerlo efectivo el aumento de salario y la disminución de horas de trabajo, exigencia que ha de colocar la producción, respecto á su precio, en condiciones muy distintas á las que se conocen en todos los mercados.

De otro, la competencia que la industria está obligada á sostener en los distintos países, competencia en que el capital tiene que renunciar á una parte de sus utilidades, sacrificándose á las alternativas de la oferta y la demanda, y en la que á la vez resulta sacrificado el trabajo por ley ineludible.

Y para que las complicaciones sean mayores en esta serie de contradicciones económicas, que ponen espanto en el ánimo más sereno, la esquilmada tierra de este viejo y cansado continente, parece que se rinde, que disminuye su fertilidad y necesita una tregua que le permita reponerse de sus prodigalidades.

En circunstancias tan azarosas, cuando en estos países civilizados

la lucha por la existencia es cada día más penosa, preñada de inmensos peligros, llega al colmo de la insensatez y la pretensión de llevarlo todo á sangre y fuego, encastillados los unos en sus privilegios y ventajas, y extremando los otros sus reclamaciones, que no tienen por qué exagerar su desgracia, queriendo ganar en una hora lo que sólo podrá conseguirse en una serie de evoluciones paralelas que se necesitan muchos años.

El egoísmo, si en la cuestión social llega á ser el único consejero, nos llevará á la preparación de horribles catástrofes, sin provecho alguno para los intereses de la humanidad, ni la menor victoria para exigencias del derecho moderno, tan opuesto á la consecución de actos de violencia.

La abnegación en unos y otros serviría para conllevar estas difíciles circunstancias, que en más de una ocasión han de poner á prueba, digan en contrario lo que quieran los optimistas, la templanza y concordia de los más conciliadores.

Tiene la cuestión social, tal como la fatalidad nos la presenta en estos tiempos, semejanzas con una montaña de difícil acceso, por lo cual tuviesen que viajar en noche tenebrosa algunos fugitivos.

Si en vez de darse reclamo amén de la mano, ayudándose en los fladeros más difíciles, sosteniendo los más fuertes á los débiles, se disputan unos á otros y acaban por luchar con un pie sobre el abismo dispuesto á tragarse á todos, el peligro será doble, mayor el número de las víctimas, y á la postre la catástrofe alcanzará también á los que confiando en sus fuerzas creyeron ser los vencedores.

Ya que la palabra de Dios no suena desgraciadamente en muchos oídos, cerrados para los preceptos del Decálogo, cuya observancia tanto suavizaría esas mismas asperezas, lo que no se haga por amor al prójimo, bajo el punto de vista

religioso, ni por respeto á la fraternidad humana, siempre en litigio, concédase por espíritu de previsión, y si esto parece poco, hágase por amor á ese mismo egoísmo supremo que parece ser el alma de la escuela positivista.

Nunca las circunstancias han aconsejado tanto que se acepte por todos el sistema de las transacciones en la medida y forma que las dificultades reclaman. El egoísmo individual ó colectivo que no vea en estas transacciones un modo de conjurar grandes conflictos, será un egoísmo torpe y ciego, al que podrá aplicársele el proverbio escrito há tantos años: «la codicia rompió el saco».

Los que desde su relativo bienestar se alarman porque los trabajadores, condenados desde la cuna á eternas privaciones pretendan mejorar su situación, eleven su pensamiento á Dios, si creen en su suprema justicia, consulten al mismo tiempo su conciencia y se vencerán hasta qué punto deja de ser humano y cristiano suscitar dificultades á esta generosa tendencia.

Y los trabajadores que sin tener en cuenta las circunstancias de tiempo y lugar, quieren atropellar por todo, consideren que si llegamos á una absoluta catástrofe económica, será peor aun su situación, agravada entonces por el acrecentamiento de la miseria.

ANTONIO FERNANDEZ Y GARCIA.

VARIEDADES

EFEMÉRIDES HISTÓRICAS

26 DE ENERO DE 1641.

Ataque del castillo Monjuich (Barcelona) por las tropas de Felipe IV

Con más valor que fortuna emprendió el Marqués de los Vélez el ataque del castillo de Monjuich, cu-

ya guarnición así como la de las demás fortalezas y ciudades del territorio catalán, venía siendo hostil á la obediencia de Felipe IV por hallarse sometida voluntariamente al gobierno y soberanía de Luis XIII de Francia. Sitiados y sitiadores defendieron sus puestos con ciego tesón y arrojo, consiguiendo los de la ciudad, después de largas horas de nutrido fuego, derrotar á los escuadrones castellanos y ponerse en comunicación con la gente del castillo. Robustecidas, de ostentado, las fuerzas de uno y otro punto y animadas por el éxito que acababan de alcanzar volvieron á emprender otra salida que dió por resultado dejar tan destruido el ejército que dirigía el de Vélez, que los carros sobre los cuales había senado sus reales quedaron cubiertos de cadáveres, armas y demás pertrechos. Continuaron, pues, en posesión de Barcelona los soldados y adictos de Luis XIII y las Águilas francesas ondeando en las torres de Monjuich hasta Octubre de 1652 en que tras prosperas nuestras armas, llegaron por fin á poner término á esta rebelión.

CANTARES

En la luz de tu mirada he de extasiarme, alma mía, y vivir agonizando pensando en ti noche y día.

No tengas celos, mi bien, no tengas celos de nadie que en este mundo no existe quien pueda á mi enamorarme.

Reclinada mi cabeza sobre su pecho amoroso, pidiéndole á Dios estaba que me mandase un socorro.

Ten presente mi promesa, la fecha, el día y el mes: grábales en tu memoria que yo cumpliré sabré.

EUGENIA N. ESTOPA. Gibraltar.

UN DRAMA EN NAPOLES.

47

—Imposible señorita, tengo un verdadero disgusto en contrariaros, pero es de todo punto imposible. Mañana, si M. Della Porta no está incomunicado podréis obtener, así lo supongo, permiso para verlo, pero esta noche tengo orden de que nadie le acompañe. Vámonos caballero, ánimo!

Della Porta se levantó tambaleándose, balbuceó algunas palabras de despedida y abrazó á M.ª Baur la que suponiendo que se dirigía á alguna diversión, le dijo sonriendo con malicia:

—Divertíos mucho, mala persona!

—No os preocupéis de lo que me pasa, de este modo como si fuera un soldado, dijo Mertens, queriendo salir de tras del soldado.

—Cometel, dijo Teresina, os mando permanecer quieto. No salvaréis á nuestro pobre amigo y os comprometeréis probablemente.

Mientras tanto Domenico escuchado por el carabnero, había llegado á la escalera que conducía al corredor de los palcos principales. Algunos espectadores extrañados de ver al banquero con tan formal compañía se hacían á un lado para dejar sitio al representante de la ley. Él escuchaba en los rincones, la noticia del arresto de Della Porta se había repartido con la rapidez del rayo, y cuando que llegó á la contaduría encontró un grupo de amigos que no podían disminuir su alboroto al verle en semejante situación.

46

EL ECO DE CARTAGENA.

inocente, y estoy dispuesta á acompañarle para servir de testigo en su favor delante del juez de instrucción.

—Os aseguro, añadió madame Baur viendo que Domenico se cogía la cabeza con las manos, que hacéis muy mal en afignros querido mío, no tenéis ninguna enfermedad de cuidado. Tomad un grano de ipecacuana en un vaso de lágrimas-cristal.

M. de Mertens se decidió á intervenir:

—Tenéis una orden de prisión? preguntó al carabnero.

Este lo miró con aire de desconfianza.

—Si todo el mundo estuviera tan en regla como yo, respondió, no habría tantos detenidos en las cárceles de Nápoles. Puesto que queréis papeles, voy á enseñaroslos.

Diciendo esto metió la mano en uno de sus bolsillos, pero M. de Mertens comprendió que sería peligroso esperar á un subalterno ignorante, y afectando enseñanza la mayor confianza:

—No, no, es inútil valiente, no busquéis más... qué diablo! ya suponemos que no habréis venido aquí sin tener órdenes positivas.

—A buen seguro, dijo el carabnero, que cesó de buscar en sus bolsillos y que como no encontraba nada había pasado por un estado de inquietud muy visible.

—¿A dónde me vais á llevar? preguntó Domenico.

—A casa del Comisario... á dos pasos del teatro.

—Entonces os acompaño, dijo Teresina.

UN DRAMA EN NAPOLES.

48

Maugis, me hallaba hace poco en el café de Europa, cuando...

Dos golpes, dados esta vez con más fuerza, lo interrumpieron de nuevo.

—Decididamente, dijo M. de Mertens, es alguno que se equivoca de palco y voy...

—No salgáis vos! dijo mademoiselle Baur, cogiendo el brazo del coronel con una pasión y un interés que probablemente no hubiera demostrado á Domenico de un modo tan vivo: Domenico, vos que no estáis proscripto, id á abrir mientras que M. de Mertens se oculta en la oscuridad.

El banquero se levantó y abrió la puerta.

En el mismo momento retrocedió.

Á la entrada del palco, en la media luz de los corredores, brillaban las armas, las botas y el casco de un carabnero real.